

EHRMAN, Bart. *¿Dónde está Dios? El problema del sufrimiento humano*. Barcelona, Crítica, 2008, 304 pp.

El llamado ‘problema del mal’ es de vieja data en la historia de la filosofía. El problema surge frente a la dificultad para conciliar tres premisas: 1) Dios es omnipotente; 2) Dios es bueno; 3) el mal existe. De esas tres premisas, estamos bastantes seguros de la veracidad de la tercera. Pero, si el mal existe, entonces, ¿cómo puede un Dios bueno y omnipotente permitir que exista el mal? Pues, tal como lo postuló Epicuro, si el mal existe, entonces ha de ser porque Dios puede erradicar el mal, pero no quiere, en cuyo caso, no sería bueno. O, Dios quiere erradicar el mal, pero no puede, en cuyo caso no sería omnipotente. Y, si Dios no es bueno u omnipotente, entonces, ¿para qué llamarlo ‘Dios’?

Frente a este antiguo problema, la filosofía ha intentado ofrecer razones por las cuales Dios permite el sufrimiento. Así, han surgido numerosos intentos de ‘teodicea’, un término acuñado por Leibniz para hacer referencia a la justificación de Dios frente a los males del mundo. Si bien Leibniz fue el primero en aplicar formalmente el término ‘teodicea’, antes del filósofo alemán hubo múltiples intentos por justificar a Dios. Y, si bien el problema del mal es una preocupación típicamente filosófica, desde la religión (pero, en particular, la religión monoteísta, en tanto concibe la existencia de un Dios bueno y omnipotente) ha habido algunos intentos por justificar a Dios frente al sufrimiento.

El presente libro es un estudio sobre cómo los autores bíblicos enfrentaron el problema del mal. Entre el vulgo, existe una tendencia a considerar a la *Biblia* un libro homogéneo. Pero, los estudiosos saben que la *Biblia* ha sido compuesta por autores de diversa procedencia. En función de esto, cabría esperar que la *Biblia* ofrezca no una, sino múltiples respuestas frente al problema del mal y que, incluso, muchas de estas respuestas no sean conciliables entre sí.

Bart Ehrman se ha hecho un renombre como contribuyente a los estudios sobre el Jesús histórico y la alta crítica del *Nuevo Testamento*. A diferencia de otros autores en esta misma línea, Ehrman destaca por su ameno estilo literario, en particular sus referencias autobiográficas a medida que progresa en la explicación de detalles técnicos respecto a la crítica bíblica. Ehrman narra que inició su vida académica como un ferviente evangélico, pero eventualmente, abandonó su fe frente a la incapacidad de resolver satisfactoriamente el problema del mal. De antemano sabemos, entonces, que

Ehrman no ha sido convencido por ninguna de las respuestas bíblicas frente al problema del mal. Hoy, Ehrman se considera agnóstico respecto a la existencia de Dios.

En los tres primeros capítulos del libro, Ehrman inicia su estudio a partir de la teodicea esbozada en los libros de los Profetas. Como es sabido, uno de los temas principales de estos libros es la alianza que Dios ha forjado con el pueblo de Israel. Ehrman destaca que, de acuerdo al entendimiento de los libros de los Profetas, Israel sufre calamidades como consecuencia de su apostasía. Y así, según el entendimiento de los libros de los Profetas, el sufrimiento humano es un castigo divino. En este sentido, la respuesta de los libros de los Profetas frente a la pregunta, “¿por qué Dios permite el mal?”, es clara: “El mal es un castigo divino por los pecados”.

Ehrman también explora este entendimiento del sufrimiento en otros lugares de la *Biblia*. Así, evalúa cómo, en la narrativa de los libros del Pentateuco y los libros de *Josué*, *Jueces*, *I y II Samuel*, *I y II Reyes*, las catástrofes sufridas por Israel o algunos de los protagonistas son entendidas como castigos divinos por alguna falta cometida. Ehrman también dirige su atención al libro de *Proverbios*: en este libro, además de concebir el sufrimiento como un castigo divino, se concibe que el mundo está ordenado de tal manera que el pecador termina perjudicándose a sí mismo con su mala acción.

El entendimiento del sufrimiento como castigo divino no satisface a Ehrman. Y, las razones son obvias: es evidente que, en este mundo, los inocentes sufren. No obstante, Ehrman no considera algunos intentos derivados de la teología cristiana para salvaguardar esta objeción: a juicio de algunos teólogos, en virtud del pecado original, todos tenemos algún pecado que expiar, y por ende, aún los aparentemente inocentes, merecen sufrir. Esto, por supuesto, conduciría a una discusión más profunda sobre el pecado original, cuestión que escapa el propósito de esta reseña. Y, además, aún si se aceptare el pecado original, habría que explicar por qué los malvados gozan.

En el cuarto capítulo, Ehrman analiza cómo algunos autores bíblicos intentaron entender el sufrimiento como consecuencia de las acciones humanas, y no propiamente como responsabilidad directa de Dios. Así, reseña las narrativas sobre atrocidades humanas en los libros de los Profetas, los libros históricos, y el *Nuevo Testamento*. Ehrman postula que, en la medida en que estos autores insisten sobre la depravación humana, apelan al libre albedrío y exoneran a Dios frente al mal en el mundo. En otras palabras, el

mal existe como consecuencia de las acciones humanas, y Dios no interviene en ellas, a fin de conservar nuestro libre albedrío.

Ehrman no ofrece una razón clara por la cual no acepta la teodicea en base al libre albedrío. Más bien se inclina a señalar que las teodiceas en base al libre albedrío, construidas con rigurosidad filosófica, son demasiado complejas como para atraerle personalmente. Al final, él prefiere prescindir de una aproximación filosófica al problema del mal, y asumir una postura práctica: en vez de preocuparnos por entender por qué Dios permite el mal, Ehrman recomienda preocuparnos por erradicar el mal.

Este aspecto del libro es decepcionante. Es cierto que Ehrman no es propiamente un filósofo, sino un historiador y crítico bíblico. Pero, el problema del sufrimiento humano frente a Dios es un problema filosófico de primer orden, y todo aquel autor que pretenda escribir sobre este tema, debe tener una disposición a la discusión filosófica. Autores como Alvin Plantinga y J.L. Mackie, de otro lado, han propiciado debates interesantísimos sobre la teodicea en base al libre albedrío. Ehrman los ignora por completo. Y, en la medida en que los ignora, incurre en una sobre-simplificación respecto a los méritos o desméritos de la teodicea en base al libre albedrío.

El quinto capítulo se propone evaluar cómo algunos autores bíblicos presentan el sufrimiento como un medio necesario para alcanzar un bien mayor. Así, por ejemplo, en el *Génesis*, José sufre, pero a partir de este sufrimiento, se constituyen las doce tribus de Israel como una nación numerosa. O, en el evangelio de *Juan*, la muerte de Lázaro es un mal menor para propiciar el bien mayor de su propia resurrección.

Ehrman admite que, en muchas instancias, el sufrimiento puede convertirse en un medio para un bien mayor, y él mismo señala un ejemplo autobiográfico: debido a una enfermedad, Ehrman tuvo que abandonar su carrera como pelotero, pero gracias al abandono de su carrera como pelotero, Ehrman entró en una vida académica exitosa. Con todo, Ehrman no se convence con el entendimiento del sufrimiento como medio para un bien mayor, pues señala que muchos males son irreparables, y que ninguna consecuencia benéfica se derivan de ellos.

De nuevo, falta rigurosidad filosófica en Ehrman. Pues, la crítica filosófica convencional a la teodicea del mal como medio para un bien mayor, no es sólo que el mal muchas veces es irreparable, sino también que, si Dios es omnipotente, puede propiciar el bien sin la mediación de un mal necesario. Ehrman no se plantea estas objeciones.

El sexto capítulo es, en mi opinión, el más meritorio del libro. Ahí, Ehrman se propone estudiar el entendimiento del sufrimiento en los libros de *Job* y *Eclesiastés*. Como es sabido, el libro de *Job* cuenta con dos cuerpos muy diferentes: unos diálogos entre Job y sus amigos, y como añadido, un prólogo junto a un epílogo. Ehrman postula que estos cuerpos fueron compuestos por autores diferentes, y que cada uno ofrece un entendimiento distinto del sufrimiento. En los diálogos, se esboza una teodicea en base al misterio: Job rechaza que el sufrimiento sea consecuencia del pecado, pero nunca se ofrece una respuesta definitiva: al final, Dios confronta a Job, y éste debe aceptar que el sufrimiento es un misterio. En el prólogo y el epílogo, se esboza una teodicea según la cual el sufrimiento es un medio para poner a prueba la fe.

El análisis que Ehrman elabora respecto al libro de *Job* me parece muy valioso, en buena medida porque existe una tendencia a leer *Job* como si tratase de un solo libro, cuestión que ha dado pie a interpretaciones muy confusas. Ehrman, acertadamente, señala que debe tratarse de *dos* libros con dos teodiceas diferentes. Y, una vez más, Ehrman rechaza ambas teodiceas. Aceptar que el sufrimiento es un misterio es, según Ehrman, una forma perniciosa de pereza mental. Y, aceptar que el sufrimiento es una prueba de fe es aceptar a un Dios sádico.

Ehrman confiesa que su libro favorito en la *Biblia* es el *Eclesiastés*. En este libro se renuncia a cualquier intento por justificar a Dios. El autor de *Eclesiastés* admite que, en este mundo, el justo sufre y el malévolo goza, y que no hay explicación satisfactoria para ello. Ehrman simpatiza con esto, pues lo mismo que el autor de *Eclesiastés*, considera que el problema del mal no tiene solución. En última instancia, *Eclesiastés* enseña que el sufrimiento no viene de Dios, sino que se trata de algo que sencillamente ocurre en el mundo, y lo cual no tiene explicación. Ehrman admite coincidir con este punto de vista.

Una vez más, Ehrman carece de rigor filosófico. No es racional aceptar que el sufrimiento no tiene explicación y que no viene de Dios. Puede ser que, en efecto, Dios no sea directamente responsable del sufrimiento en el mundo. Pero, en la medida en que se asume como bueno y omnipotente, Dios tendría que intervenir para erradicar el sufrimiento en el mundo. Si, como el mismo *Eclesiastés* admite, no hay explicación para el problema del mal, entonces la conclusión más racional sería admitir que el Dios bueno y omnipotente no existe. *Eclesiastés* no llega tan lejos: admite que no hay respuesta al problema del mal, pero no infiere la conclusión de que Dios no

existe. Ehrman tampoco parece llevar su argumento a su consecuencia lógica y admitir que Dios no existe.

El séptimo y octavo capítulo están dedicados a estudiar las respuestas apocalípticas al problema del mal en la *Biblia*. Así, Ehrman estudia los textos apocalípticos del libro de *Daniel*, así como la prédica apocalíptica de Jesús en los evangelios. Ehrman es célebre por hacer mucho énfasis en su retrato de Jesús como un profeta apocalíptico (cuestión que lo separa de otros críticos bíblicos, en especial los miembros del *Jesus Seminar*): en mi opinión, su retrato de Jesús como profeta apocalíptico es bastante apropiado. Ehrman también estudia los textos apocalípticos en las cartas paulinas, y por supuesto, el más emblemático de los textos apocalípticos en el *Nuevo Testamento*, el libro de *Revelación*.

En los textos apocalípticos, se esboza la idea de que Dios pronto pondrá fin al sufrimiento, pues abruptamente intervendrá para derrotar a las fuerzas del mal, tras una prolongada batalla cósmica. Así, si bien podemos sufrir en este momento, los textos apocalípticos nos alientan a resistir un poco más, en vista de que, más pronto que tarde, Dios intervendrá para poner fin a la maldad en el mundo.

Una vez más, Ehrman no queda satisfecho con esta respuesta. A su juicio, la teodicea apocalíptica parte de una visión mitológica del mundo, la cual no es aceptable a la mentalidad moderna. Y, de nuevo, si Ehrman tuviese más rigor filosófico, señalaría que la teodicea apocalíptica no es satisfactoria, en la medida en que posterga para después la obligación que Dios tendría, *hic et nunc*, acá y ahora, para poner fin a los sufrimientos en el mundo.

En el último capítulo, Ehrman ofrece una perspectiva personal en torno al problema del mal. Tras haber analizado las respuestas bíblicas, y encontrarlas insatisfactorias, Ehrman sostiene que no hay solución al problema del mal. En esto, coincido con Ehrman. Pero, Ehrman incurre en cierta tendencia anti-intelectualista cuando señala que, puesto que no hay respuesta al problema del mal, no debemos preocuparnos demasiado en pensar sobre esta cuestión. A su juicio, debemos preocuparnos más por erradicar el mal que por explicarlo.

Por mi parte, yo insisto en que, si no hay respuesta al problema del mal, entonces eso es prueba de que un Dios bueno y omnipotente no existe. Ehrman, por su parte, no se atreve a abstraer esta conclusión. Ciertamente, como Ehrman, considero que debemos preocuparnos en erradicar el mal. Pero, si aplicamos los criterios de racionalidad, y no encontramos una res-

puesta satisfactoria al problema del mal, entonces debemos rechazar la existencia de Dios, o al menos la existencia de un Dios bueno y omnipotente. Ehrman es tímido en hacer esto.

Por ello, tengo una valoración mixta de este libro. Ehrman demuestra ser un competente historiador y crítico bíblico, y logra escudriñar teodiceas que, por lo demás, no son muy explícitas en la *Biblia*. Pero, este libro carece de rigor filosófico en el análisis de las teodiceas y sus objeciones. Es cierto que Ehrman no es, ni pretende ser, un filósofo. Pero, insisto, el problema del mal es, ante todo, un problema filosófico. Y, para comentar al respecto, cualquier autor debe estar dispuesto a examinar en detalle las respuestas y réplicas que se ofrecen frente al problema del mal. Así, Ehrman es muy competente como intérprete de los textos bíblicos, pero es incompetente como analista de las teodiceas. Para ello, recomiendo mucho más a autores como Alvin Plantinga, John Hick, J.L. Mackie o Antony Flew.

Gabriel Andrade
Universidad del Zulia
Gabrielernesto2000@yahoo.com